

1.

Conocí a Diana Minetti en su residencia de la avenida Roosevelt, a pocos metros de los Campos Elíseos. Vivía entre las galerías de arte más exclusivas, cerca del palacio presidencial, y desde la terraza de su dúplex se dominaba toda la ciudad, de Montmartre a La Défense. La servidumbre de su casa bastaba para atender un ministerio: un ama de llaves irlandesa, una mucama portuguesa, un mayordomo marroquí y un chef francés, igual que la secretaria. Entré en la casa por la puerta de servicio y atravesé una ajetreada cocina en la que parecía prepararse un lanzamiento espacial. Luego recorrí un largo pasillo de espejos y desemboqué en el salón, donde el mayordomo me indicó que me sentase. Del altísimo techo colgaba una araña de cristal sobre varios sillones Voltaire y tapices del siglo XIX. Afuera, en un largo balcón, la torre Eiffel se regalaba a la vista. Un café con leche se materializó ante mí como por arte de magia. Sobre la mesita del salón descansaba una pitillera de plata rebosante de Marlboros light. Robé uno y me senté a esperar.

Por el teléfono, Madame Minetti me había dado la impresión de ser una anciana venerable, más bien débil. Supuse que sería algo egocéntrica, a juzgar por el tipo de trabajo que requería. Pero, en cualquier caso, su llamada había caído del cielo.

Por entonces, a mediados del año 2001, yo acababa de terminar de estudiar en España y no sabía qué hacer con mi vida. Me había graduado en el peor máster de guión de cine del mundo hispano por sólo tres mil quinientos dólares más gastos de subsistencia. La publicidad

de la escuela ofrecía promover los guiones de fin de carrera, pero ni siquiera se tomaron la molestia de leer el mío. Me mandaron una carta sin firma: está muy bonito su guión, no tenemos nada que criticar. Ahora, búsquese la vida. Genial, muchas gracias, conchatumadre.

Estudiar en España, de todos modos, era una excusa. Yo quería ser escritor. Es trillado, sí. Pero era cierto. Desde mi infancia, cada vez que me gustaba un escritor, la solapa de su libro informaba que residía en España (o en París, pero eso quedaba fuera de mis posibilidades económicas). En mi imaginación, antes de llegar, Madrid era una especie de Hollywood literario donde los editores se arrastraban detrás de los escritores latinoamericanos suplicándoles para publicarlos y premiarlos con la fama y la fortuna.

La realidad era un poco distinta. Yo no era un escritor latinoamericano. Yo era un «sudaca». Y me permitiría agregar «de mierda». No tenía trabajo, porque no tenía papeles. No tenía papeles, porque no tenía oferta de trabajo. Seguía viviendo de los ahorros cada vez más escasos que había traído del Perú. En España había vendido varios guiones, pero el productor no me los pagaría hasta ver mi permiso de residencia. Era ilegal pagarme.

Afortunadamente, tenía pocos gastos. Vivía en un apartamento que una tía abuela española me alquilaba a precio de casi nada durante mis estudios. Mi tía abuela Puri se había casado a los setenta y dos años con un veterano nacional que había perdido una pierna en la Guerra Civil, y ya no recordaba bien los nombres de la gente. Mi tía tenía un piso en la exclusiva calle Lagasca, pero se negaba a alquilarlo porque, cuando el Veterano muriese, no quería quedarse sola ni un segundo en casa de él. Así que, mientras tanto, el piso servía como albergue para familiares en dificultades. Había cobijado a la tía Elena durante su crisis alcohólica y al primo Manolo cuando su padre lo echó de casa tras descubrir su homosexualidad.

---

Yo era el tercer inquilino, el primero de la familia de ultramar, y la casa estaba igual como la dejó tía Puri, decorada para señoras. Aunque sin duda yo era el vecino más miserable de la calle Lagasca, mi vida transcurría entre la platería, los adornos de porcelana y las escenas de caza de las paredes. En el salón colgaba un enorme retrato en uniforme diplomático de mi bisabuelo, que, por lo visto, era igualito a Franco, lo que no ayudaba en nada a mejorar mi vida social. En mi dormitorio había un crucifijo, una Biblia, un cuadro de la Virgen y una figura del Corazón de Jesús. Desde la primera noche que pasamos juntos, Paula había quitado todos esos adornos para reducir el riesgo de crisis de impotencia, pero yo a veces los volvía a colocar para pedirles que mi tío el Veterano gozase de la mejor de las saludes, al menos hasta que yo consiguiese trabajo. De vez en cuando, hasta le comentaba al crucifijo que había dejado mi trabajo en un ministerio y mi país para ser escritor en España, a ver si se apiadaba y me conseguía un premio literario. Pero, por el momento, básicamente me conformaba con un puesto de camarero. Hasta que una mañana, cuando todo parecía perdido, el crucifijo me escuchó. Y Madame Minetti llegó a mi vida.

En realidad, el contacto con Madame Minetti no venía del crucifijo sino de mi abuela en Lima, porque las buenas familias se conocen en todos los países. En algún cóctel de alcurnia en el Perú, mi abuela había conocido a Madame Minetti, una dominicana que estaba de paso y que, entre elogios a la calidad de las cortinas y referencias a las virtudes de los canapés, comentó que quería escribir sus memorias, pero nunca había escrito —ni había hecho ninguna otra cosa, por cierto—, y necesitaba alguien que la ayudase con el trabajo. En el argot de la profesión, lo que ella quería se llama «negro», pero Madame era muy fina. Jamás habría dicho que necesitaba un negro.

Como Diana Minetti vivía en París, mi abuela mencionó que tenía un nieto escritor no muy lejos, en

Madrid. Me extraña que Madame nunca haya sabido que si algo sobra en París más que los quesos de cabra son los escritores latinoamericanos muertos de hambre. Afortunadamente, no tenía la menor idea, o consideraba que ninguno era digno de contar su vida. El caso es que mi abuela me comentó por teléfono su encuentro en febrero. Dijo que era una posibilidad de trabajo, pero no sabía si me interesaría.

—Es una señora demasiado estirada —me dijo—, no sé si sea tu estilo.

—Abuela, por dinero, yo también puedo ser una señora estirada —respondí.

Después pasaron meses sin que yo supiese nada. Pensé que habrían escogido a algún otro. Seguí buscando trabajo sin éxito y, para colmo de problemas, me enamoré, con total falta de tino, de otra extranjera: Paulinha do Brasil, meu amor, minha coisa linda, lo único bueno que me había ocurrido fuera de las fronteras nacionales del Perú.

Paula había estudiado conmigo y era rabiosamente izquierdista. Llevaba una insignia del Che Guevara en la mochila y siempre hablaba de los problemas sociales de su país. Hasta entonces, a mí la política me parecía el tema más irrelevante del mundo después de la reproducción de las tortugas en Oceanía. Había sido empleado público durante un gobierno más o menos dictatorial en Perú, y lo único que recuerdo es que las manifestaciones contra el presidente siempre obstruían el camino a los buenos restaurantes del centro de Lima. Pero lo que no consiguió la protesta callejera, lo consiguieron las caderas de Paula. Durante nuestro primer beso, admití que en mi país había una clase social privilegiada injustamente. Y al día siguiente, durante nuestra primera encamada, minutos después del secuestro y ocultamiento del Corazón de Jesús, declaré a gritos que yo formaba parte del selecto grupo de los más podridos representantes de la oligarquía que saqueaba a mi país. O algo así.

Supongo que todo eso era verdad. Pero mi problema en España era exactamente el contrario. Y con sus ideas, Paula no era de gran ayuda. Una vez, conocimos en un bar a un productor de cine importante. Echando mano de mis mejores habilidades sociales, logré entablar conversación con él, le conté chistes, le caí bien, disparé todo mi repertorio de bromas-de-tipo-con-talento, mientras Paula mantenía un conveniente silencio. Pero luego comenzamos a hablar de política. No recuerdo en qué momento perdí el control de la conversación. Se sucedieron nombres: Blair, Bush, Sadam, Hitler, dándome vueltas en la cabeza mientras yo me preguntaba por qué no estábamos hablando de mis fabulosas ideas y de la fabulosa cuenta bancaria del productor. Hasta que tronó la voz de Paula:

—No acepto que alguien me diga que el control de la inmigración es «democrático». ¿Democrático para quién?

Y yo:

—Ja, ja, ¡Paula es tan divertida! ¿No?

—Claro, ahora que ya son ricos, cierran las puertas, ¿no? ¿Y a la mano de obra barata también le cierran las puertas? ¿Ah? ¿Qué democrático!

Y yo:

—Paula, cariño, cuéntanos esa divertida anécdota de...

—¡Es usted un oligarca de mierda!

Nunca conseguí trabajar con ese productor. Pero lo peor es que, al final, ella siempre ganaba las discusiones. Me convirtió en un rojo furioso. Bueno, en un aspirante a rojo. En un rosa democrático con problemas de pronunciación en ciertas consignas. Y nos mudamos juntos a la semana de empezar a salir. Su historia se parecía a la mía. Ella era una guionista talentosa con una beca a punto de acabar. No quería volver a Brasil, donde había sido publicista. Ganaba bien, pero odiaba la pu-

blicidad. Madrid era nuestra única posibilidad de seguir juntos.

Al final del año lectivo, en julio, a la generación de inmigrantes *high class* que había llegado a estudiar conmigo le tocó decidir su futuro. En Madrid, los peruanos de clase alta se dividen en dos estratos: el primero es el de los estoicos, que viven mucho peor que en Lima pero insisten en quedarse aunque tengan que trabajar cargando cajas después de hacer un doctorado en Derecho. Los estoicos atraviesan largos periodos de ilegalidad y frecuentemente invierten toda su juventud con el objetivo de no vivir en el Perú, hasta que logran colarse al permiso de trabajo por algún vacío legal tras años de esfuerzo e insistencia.

La otra categoría es la de los pitucos de rancio abolengo, que viven igual o mejor que en Lima porque gozan de subvención paterna y pasaporte europeo. Ésos también quieren quedarse, pero normalmente no necesitan cargar cajas ni hacer nada que no les guste. Suelen decirte cosas como:

—¿No tienes pasaporte europeo? ¡Sácalo! ¡Es una comodidad!

Como si fuera la tarjeta de descuento de una tienda de ropa.

Querer un pasaporte extranjero forma parte de la identidad nacional. Tenerlo es un privilegio de casta. Yo casi tuve uno. Pero la españolidad de mi abuela materna no me alcanzó legalmente. Por su parte, mi familia paterna lleva generaciones jurando que algún día seremos italianos y buscando partidas de bautismo en pequeños pueblos de un balneario de la Liguria. Una de mis tías ha llegado a descubrir por Internet a nuestros primos en duodenonagésimo grado, un herrero de Nápoles y un reo por asesinato de Milán. Pero los «primos» no han podido ayudar mucho. Parece que la iglesia en que nació mi abuelo se quemó durante alguna guerra mundial. De todos modos, mi tía les escribe mails contándoles la vida

---

y milagros de su familia en un país que quizá ni sepan que existe.

A veces pienso que tengo demasiadas tías.

Y no tengo un pasaporte extranjero.

Quizá hasta sea mejor así, porque evito formar parte de un club muy impopular. Los inmigrantes de rancio abolengo normalmente son gente relajada y sonriente con inclinaciones artísticas, pero aun así, todos los demás los odiamos.

Existe una última categoría de inmigrantes *high class* formada por los que han ganado dinero en el Perú con sus propias manos y son conscientes de que nunca harán tanto en España, ni tendrán servicio doméstico, ni apartamento con vista al mar ni poder de decisión en una empresa grande a los veintiséis años. Ésos, por lo común, abandonan Europa a la primera ocasión y pasan el resto de su vida visitándola cada verano. Por regla general, nunca viajan a otro sitio. Los gringos les parecen vulgares, aunque aprecian Nueva York. A finales de julio de 2001, yo pensaba que pertenecía a esa categoría, la de los que se regresan, con la diferencia de que en el Perú tampoco tendría ingresos para los viajes de verano.

Pero el problema real no era el dinero, sino la autoestima. Lima era en esos años una ciudad deprimida, donde cualquier ilusión corría el riesgo de ser detectada y aniquilada a la menor señal de vida. Y la prosperidad no cambiaba eso. Los pocos amigos con que aún me escribía eran socios menores en estudios de abogados, periodistas de televisión, guionistas de productoras transnacionales. Tenían autos y casas, algunos hasta esposas y putas y eso. Pero se quejaban igual. Todo les parecía horrible en Lima. Si les escribía que pensaba regresar, nadie me decía:

—Qué bueno, hermano, nos tomaremos unas cervezas.

Sino:

—¡Noooooo! ¿Estás loco? ¡Esto es una mierda! ¡Quédate en España!

No era muy alentador. Algunos sugerían que antes de volver publicase un par de libros en España. Yo no tenía corazón para confesar que el único editor con quien había podido hablar me había rechazado dos libros en una sola mañana. En Lima, todo el mundo creía que cualquier otro país era mejor para vivir. Que arrojabas tus novelas en los escritorios de los editores y ellos gritaban de contento, te publicaban, te daban premios, y a lo mejor podías ser hasta candidato a la presidencia. Regresar al Perú sin libro ni premio ni candidatura era sinónimo de fracaso.

Lo mejor quizá era admitir de una vez que yo era un fracasado y volver a vivir con un sueldo, como la gente normal. Nunca había pensado que sería fácil ser escritor. Pero, en el Perú, al menos podía tener un trabajo de nueve a cinco y escribir por las noches. Cortázar empezó a escribir a los treinta y tantos, ¿no? Y Saramago cuando ya tenía más de cincuenta años. A lo mejor no todo estaba perdido y aún podía volver con el cartelito de «máster en Europa», total, nadie sabía que ese famoso máster era como un capítulo de un año de Plaza Sésamo. Regresaría a mi trabajo de empleado público y con el tiempo podría publicar algo. Ya todas las editoriales del país me habían rechazado, pero quizá aceptarían algún otro libro más adelante. Y quizá no. Ahora, además, estaba el tema de Paula. En último caso, podía terminar viviendo en Brasil.

Todas esas cosas me quitaban el sueño hasta la mañana en que me despertó una llamada telefónica, y en el túnel de mi vida se encendió una luz, al principio sólo una lamparita de minero explotado, pero después un verdadero boquete con vista al sol:

—Mi nombre es Diana Minetti. Quizá le hayan hablado de mí.

Ni reconocí el nombre ni tenía el cerebro despier-to. Era muy temprano, como las once.



---

—Necesito alguien que escriba mis memorias. Me han hablado de usted.

Salté de la cama tan rápido que asusté al gato. Puse voz de llevar horas despierto, Paula dice que eso se me da bien. Mentir.

—Ah, sí. Lo siento, es que tengo tantos pedidos de trabajo que a veces me confundo. Sólo acláreme un detalle, ¿es usted la dama de Mónaco o la de París?

Paula tiene razón. Si me contestas el teléfono y me das cinco minutos, terminaré convencéndote de que soy Bill Gates.

Madame Minetti me pidió que fuese a visitarla para ver si llegábamos a un acuerdo. Pensé que estaba loca. No tenía dinero ni para un picnic, menos lo tendría para ir a París. Pero ella tenía una agente de viajes en Miami que se ocuparía de todo. Se pondría en contacto conmigo y me enviarían el billete.

—¿Quiere usted venir en tren o prefiere un pasaje aéreo? —preguntó Diana.

—Aéreo, por favor. No tengo mucho tiempo.

Arreglamos los detalles del viaje y colgué. Volví a la cama y abracé a Paula muy fuerte. La besé entera. El gato volvió a acurrucarse en la cama. Hicimos el amor (con Paula, no con el gato). Paula hacía el amor siempre como si fuese la primera y la última vez. En esos días, si algo estaba claro era que cada día podía ser la última vez. Pero ahora estábamos salvados, al menos de momento.